

## EL EJERCITO REAL DE CHILE

por Manuel TORRES MARIN

Estas páginas no pretenden ser más que notas a una nota. Su punto de partida ha sido la lectura del interesante y «novedoso» estudio del Profesor Juan Marchena Fernández sobre el Ejército de América (1). En la nota 12 a dicho estudio escribe el autor: «Quizás la situación más interesante desde el punto de vista militar en el siglo XVII americano fuera la Guerra de Arauco, ya que dió lugar a la formación de un importante contingente de tropas que estructural, económica y políticamente llegó a actuar como un ejército, nivel que no llegaron a alcanzar las diseminadas guarniciones esparcidas por el resto de América». Dentro de su brevedad, esta acotación condensa volúmenes y, desde luego, sirve de foco a mucho de los que en su estudio expone el Profesor Marchena Fernández. En efecto, señala él que las tropas de América, fuera de acciones de resistencia a ataques de potencias extranjeras o de piratas, estaban relegadas a una invariable vida de guarnición; la cual las sumía en el aislamiento, el inmovilismo, el apego local y el deterioro de sus cualidades morales. En tales condiciones, había fuerzas, aunque pocas, pero escaseaba el espíritu militar auténtico; había guarniciones, pero no constituían Ejército en el verdadero sentido del concepto. Esto último, en cambio, como se expresa en la nota antes destacada, era la característica de la institución militar en Chile. No estará de más recordar las circunstancias de su desarrollo y los factores que la explican.

Por los años de 1630 escribió Luis Tribaldos de Toledo, Cronista Mayor de Indias, una «Historia general de las continuadas guerras y difícil conquista del gran reino y provincias de Chile, desde su primer descubrimiento por la nación española hasta la era presente». Ahora bien, desde el *primer descubrimiento* de Chile, es decir, desde la entrada que hizo el Adelantado Diego de Almagro, había transcurrido ya casi un siglo; no obstante, las *continuadas guerras* continuaban y la *difícil conquista* se mantenía en el punto de su dificultad. Todo el continente sometido a la corona de Castilla se había encuadrado en un ambiente de paz interior que iba a durar aún casi dos siglos;

---

(1) Juan Marchena Fernández, «El Ejército en América: el componente humano», *Revista de Historia Militar*, Año XXV, N° 51, Madrid, 1981, págs. 119-154.

sólo en Chile persistía la guerra, el estado de alerta permanente, la necesidad de andar «la barba sobre el hombro», como castizamente lo expresaba Pedro de Valdivia. Los españoles hubieron de aprender muy pronto —y a costa suya— la índole especial del país en que con enorme esfuerzo, y sin provecho ninguno para España, labraban el «Reyno de Chile».

La población aborigen de Chile no era uniforme. Fuera efecto de mezclas étnicas, según opinión de algunos, o por la presencia de un pueblo extraño introducido como cuña en el territorio, según creen otros, separaba el río Maule dos modos de ser, de vivir y de reaccionar que, en gran medida, determinarían la evolución futura del país. Los indios del Maule al Norte se hallaban más adelantados en el desarrollo cultural y tendían a la vida sedentaria, agrícola y apacible, siendo también menos capaces de resistir. En el siglo XV fueron «anexados» al Imperio de los Incas, de donde recibieron nuevas influencias civilizadoras. Diego de Almagro pasó por entre ellos en 1536 sin excesivas dificultades. En cambio, los indios del Maule al Sur, que recibieron el nombre de araucanos, estaban aún en la fase de cazadores-recolectores y eran levantiscos, aguerridos e indóciles a la dominación ajena. Su espíritu de resistencia opuso un valladar infranqueable a las tropas del Inca, como también a las avanzadas exploradoras de Almagro.

A la llegada de Valdivia, después de rebeliones iniciales que acarrearón la destrucción de las ciudades de Santiago y la Serena a poco de fundadas, los indios del Norte se sometieron y, por el proceso secular del mestizaje, terminaron por ser absorbidos en la población. Los araucanos, por su parte, impresionados por los nuevos elementos de combate y, sobre todo, por la voluntad de permanencia que mostraba Valdivia, comenzaron por mantenerse pasivos. Entonces el gran conquistador, en un frenesí de creación y de hermosa ambición de fama («que quede memoria de mí», como escribía al Emperador el 4 de septiembre de 1545), se lanzó a fundar núcleos de población en todas partes, pero sobre todo en la hermosa y feraz Araucanía.

Todo marchó bien por algunos años, hasta que, en diciembre de 1553 se produce el levantamiento araucano. Encabezados por Lautaro, hombre de verdadero talento militar, los indios derrotan y matan a Valdivia, destruyen fuertes y ciudades, y ponen la conquista en peligro de inminente ruina. Comenzaba la secular Guerra de Arauco. El Virrey del Perú manda a su propio hijo, don García Hurtado de Mendoza, con refuerzos. Entre los soldados va un hidalgo vizcaíno, Alonso de Ercilla, que más tarde cantará el conflicto en su epopeya «La Araucana». Hurtado de Mendoza logra restablecer la situación, hace explorar el territorio, funda nuevas ciudades y renueva las esperanzas; por lo que el primer poeta chileno, Pedro de Oña, escribe un poema épico que titula «Arauco domado».

Sin embargo, Arauco no estaba domado, la lucha proseguía y ambos bandos experimentaban triunfos y reveses. El momento más crítico ocurrió en 1598, cuando el Gobernador don Martín García Oñez de Loyola (pariente y acaso sobrino de San Ignacio) fue derrotado en Curalava, pereciendo él mismo y casi todos sus hombres. Las ciudades del sur fueron arrasadas por los indios o hubieron de ser abandonadas por sus habitantes; al paso que los asentamientos del Norte estaban desalentados y empobrecidos por un conflicto al que *no se le veía fin*. La Araucanía, una de las mejores zonas agríco-

las chilenas, iba a quedar al margen de la civilización y casi despegada del país por cerca de tres siglos. Francisco Álvarez de Toledo, vecino de Santiago y guerrero también, pues todos habían de salir a campaña, escribió una crónica rimada —más notable como fuente de la historia que como poesía— cuyo título, «Purén indómito», traducía el pesimismo reinante después de Curalava. Se iniciaba en realidad el siglo XVII con un signo de interrogación tremendo sobre el futuro de Chile.

La mayor revelación que había surgido de la guerra era la de la aptitud militar sobresaliente de los araucanos. Su vigor físico y su valor en el combate los hacía temibles. Además, una vez superado el asombro ante los armamentos españoles, desarrollaron tácticas para hacerles frente con éxito, se apropiaron del caballo y lo manejaron con destreza, y hasta utilizaron armas cogidas al enemigo, fuera de perfeccionar las propias. El español, si empezaba por menospreciar a este adversario, tenía que rectificar muy pronto este juicio, aleccionado por una dura experiencia. El jesuita chileno P. Alonso de Ovalle, en su historia de Chile impresa en Roma en 1646, lo consignaba no sin cierta puntita de ironía: «He visto pasar a aquella guerra algunos soldados y capitanes de Flandes que, hechos a traer expuestos los cuerpos a las balas, hacían burla de los indios por no tenerlas y despreciaban su modo de pelear, pareciéndoles que la ventaja que les hacemos en las armas de fuego, que ellos no tienen, nos haría siempre superior a su valor, por grande que fuese. Esto pensaban antes de llegar a la batalla, diciendo que eran los indios unos borrachos, que no había que temerlos, pero cuando después se hallaban en la ocasión y hacían experiencia de sus manos y veían la intrepidez y ánimo con que embestían y el tesón con que duraban en la pelea, mudaban de parecer y se persuadían a lo que antes no creían; y menos mal si salían enseñados, aunque fuese en su propia cabeza, que tal vez no les daba lugar a desengaños su corta suerte, como la que tuvieron dos de estos capitanes, que me acuerdo, que eran de los que blasonaban y menospreciaban a los indios, y en la primera batalla y encuentro que tuvieron con ellos, ahora diez o doce años, quedaron muertos con otros de los nuestros...» (2). El araucano era un combatiente encarnizado, ágil, fecundo en ardid y capaz de sujetarse a las órdenes de jefes prestigiosos; en tanto que el clima frío y lluvioso de la Araucanía, los ríos caudalosos, los montes intransitables y los bosques espesos hacían más arduas y penosas las reiteradas campañas.

En esas difíciles circunstancias llegó a Chile una personalidad notable y digna de «recordación», el nuevo Gobernador don Alonso de Ribera y Zambrano (3). Descendiente del famoso don Perafán de Ribera, Adelantado mayor de la Andalucía, y de una línea de militares que se distinguieron bajo los Reyes Católicos y Carlos V, nació don Alonso en Ubeda en 1560 y abrazó desde muy joven la carrera de las armas. Estuvo en las campañas de Flandes, a bordo de la Invencible Armada, en las guerras de religión de Francia, destacándose siempre por su heroico valor y su pericia; de lo cual dan testimo-

---

(2) Alonso de Ovalle, *Histórica Relación del Reyno de Chile* (1646), Instituto de Literatura Chilena, Santiago, 1969, pág. 316.

(3) Véase Fernando Campos Harriet, *Alonso de Ribera, Gobernador galante y visionario*, Empresa Editora Zigzag, Santiago, 1966.

nio Carlos Coloma y demás historiadores de las guerras de Felipe II. En 1599, cuando había que nombrar nuevo Gobernador y Capitán General para Chile, recomendó mucho a Ribera el Conde de Fuentes, que lo había tenido a sus órdenes en Flandes. Recibió el Rey a Ribera en audiencia y quedó muy satisfecho de las explicaciones que éste le dió sobre las cosas de la guerra, por lo cual le concedió el nombramiento. Este conocimiento personal fue sin duda muy útil para la búsqueda de soluciones. Desde Chile, adonde llegó en 1601, bombardeó Ribera a Felipe III con innumerables cartas en que le exponía necesidades, le pedía auxilios y le contaba el curso de los hechos.

Se encontró Ribera en Chile con un país arruinado, una fuerza armada casi inexistente y unos enemigos ensoberbecidos por sus éxitos. El estado de la hueste era deplorable: hombres pocos en número, faltos de organización y disciplina, mal armados y peor equipados. Con su experiencia adquirida en los tercios de Flandes, entonces las mejores tropas del mundo, y los refuerzos que trajo consigo o le llegaron después, trató el nuevo Gobernador de remediar tales deficiencias. Vistió y armó a sus hombres, a la vez que les imponía orden y desterraba malas costumbres. Reconociendo que la caballería no era ya el arma preponderante que había sido en los inicios de la conquista, se preocupó de organizar una verdadera infantería, sobre el modelo de la española. Supo utilizar, tanto en las marchas como en los combates los servicios de los indios amigos, que detestaban a los araucanos, pues también habían sufrido sus violencias. Y entendiendo como experto oficial, que nada anima tanto al soldado como el ejemplo de su jefe, quiso Ribera ser el primero en sobrellevar las asperezas de la guerra. Escribiendo al Rey le decía: «Yo he trabajado por mi persona tanto como el más mínimo soldado, tomando la azada y la pala el primero, para hacer los fuertes y caminando de día y de noche, reconociendo cuarteles, poniendo centinelas y echando bastidores, saliendo a las armas y haciendo escuadrones y trazando fuertes y durmiendo vestido y comiendo lo que cualquier soldado ordinario, siendo el postrero que entraba a los cuarteles, porque hasta que tenía la escolta recogida andaba siempre a las avenidas del enemigo, reconociéndolo y cortándole sus designios y poniendo mi persona en todas las ocasiones a los mayores peligros. Y todo esto ha sido menester para dejar a Vuestra Majestad el Reino en el estado que lo dejo» (4).

La *máquina militar* necesitaba, por supuesto, una base económica adecuada. Ribera organizó talleres y explotaciones agrícolas para poder suministrar lo necesario a las tropas, dependientes hasta entonces de las *derramas*, es decir, aportaciones en especie hechas más o menos voluntariamente por los pobladores. De todos modos, los recursos del Reino no eran suficientes para sostener una guerra continua; por lo cual obtuvo el Gobernador que del excedente de las rentas del Perú se enviase anualmente a Chile una suma de dinero, el *real situado*, para sufragar los gastos bélicos. El real situado, con una cuantía inicial de 60.000 ducados, empezó a llegar en 1601. Y no por eso dejó Ribera de echar también derramas, pues todos los medios se le hacían pocos para la defensa del pueblo naciente que le estaba confiado.

(4) Carta de Alonso de Ribera al Rey, de fecha 18 de septiembre de 1605. Citada por Campos Harriet, *op. cit.*, pág. 75.



D. Alonso de Rivera. Distinguido capitán Español enviado para pacificar a Arauco, fué dos veces Gobernador de Chile, donde prestó eminentes servicios. Su primer período se extendió desde 1601 a 1605. El segundo desde 1612 a 1617. «Por cortesía del Museo Histórico Nacional de Chile»

En cuanto al plan de guerra, se apartaba Ribera completamente de sus predecesores, pues entendía de otra manera el objetivo y, por ende, la utilización de los medios. En vez de diseminar sus fuerzas para penetrar en la Araucanía por todos lados, decidió concentrarlas, en vez de pretender conquistar la región de forma inmediata, estableció una línea de fuertes que debían contener a los indios, para ir después adelantando poco a poco, sin dejar enemigos a la espalda. Se renunciaba por tiempo indefinido a la posesión de la Araucanía, pero se establecía un equilibrio que tarde o temprano permitiría su conquista. Esta idea estratégica, aunque incomprensible y criticada en su tiempo, se mostró practicable y, a la larga, dió los resultados apetecidos.

Grande fué el mérito de Alonso de Ribera como Gobernador y Capitán General en su tiempo; más grande aún su proyección hacia el futuro, al insistir ante Felipe III, en unión de las corporaciones del Reino, hasta lograr que el Monarca autorizase la creación de un Ejército permanente. Esto cambiaba fundamentalmente la fisonomía de la guerra y, por consiguiente, la de la vida entera del país. Cada año, hasta entonces, habían tenido que salir a campaña los pobladores mismos, abandonando durante la primavera y el verano sus casas y actividades; lo que frenaba fuertemente el desarrollo económico y social del país, sin constituir tampoco una verdadera seguridad para el territorio. El establecimiento de una función militar separada iba a dar el respiro necesario para que Chile dejara de ser una especie de gran campamento guerrero y se plasmara como sociedad civil. De acta de nacimiento del Ejército de Chile se puede calificar la Real Cédula de 1603, por la cual Felipe III fijaba los sueldos que, a partir del 1º de enero de ese año, debían pagarse a los soldados que servían en el país. Al año siguiente modificó el Rey los sueldos y elevó el real situado a 120.000 ducados; y tales disposiciones fueron nuevamente precisadas en 1606 y 1607, lo que muestra el interés que seguían recibiendo en Madrid los problemas de la guerra de Chile.

El Ejército quedó, en fin, constituido por 15 compañías de infantería, de 100 hombres cada una, y siete compañías de caballería, de 70 hombres cada una, más una compañía llamada del Guión, compuesta de 40 soldados distinguidos que recibían el nombre de capitanes reformados y servían de guardia al Gobernador. Los integrantes del Ejército eran, además de criollos chilenos, en gran parte españoles y también había individuos reclutados en el Perú, aunque éstos no gozaban de buena fama. He aquí dos testimonios de fines de siglo XVI al respecto. Decía uno: «... la mayor parte de la gente que en diversos tiempos se ha llevado del Perú, intentando muchos motines, alteraciones y latrocinios, sin que jamás haya sido de provecho ni servicio ninguno de ellos para la dicha guerra; y los que siempre han continuado y al presente la sustentan son los soldados que deste reino (España) se han enviado y los criollos nacidos en las mismas provincias (Chile); y es imposible resultar de mala causa buen efecto, ni formar buena ciudad y república con gente facinerosa, criada con ociosidad y vicio». Decía otro: «La gente que se envía del Perú no vale nada, que es gastar plata sin género de provecho, porque como está hecha a los vicios de las Indias, y ya son holgazanes y viciosos, prueban

muy mal acá. La gente de Castilla es la que aquí ha mostrado valor» (5). En cuanto a los guerreros nacidos en el país, no sólo combatían con denuedo sino que muchos de ellos, y también sus mujeres, se elevaron a la altura del heroísmo en la defensa de las ciudades asediadas por el indígena.

Con estas tropas empezó Alonso de Ribera a aplicar su estrategia y fundó fuertes y sostuvo combates, alcanzando el resultado inmediato de disiparse el peligro de aniquilamiento que se cernía sobre Chile desde la muerte de Oñez de Loyola. Lo que Ribera no podía lograr, y no logró, fue una terminación rápida de la guerra; lo cual produjo desilusión en la Corte, donde se había pensado que de la atención preferente consagrada al problema se seguiría la pacificación definitiva de los araucanos. Por otra parte, hombre de carácter arrogante, impetuoso y desenfadado, Ribera se había creado entre sus gobernados muchos amigos pero también muchos enemigos. Empeñado en reprimir demasías del clero, tuvo ruidosas competencias con el Obispo de Santiago, don fray Juan Pérez de Espinoza, prelado muy poco conciliador. Empezaron a llover en Madrid las críticas y denuncias contra Ribera, exageradas y aún calumniosas: hasta que el Rey, para atajar disensiones, en 1605 lo alejó de Chile con nombramiento de Gobernador del Tucumán, dejando en claro, eso sí, que el cambio de destino no redundaba en descrédito de Ribera.

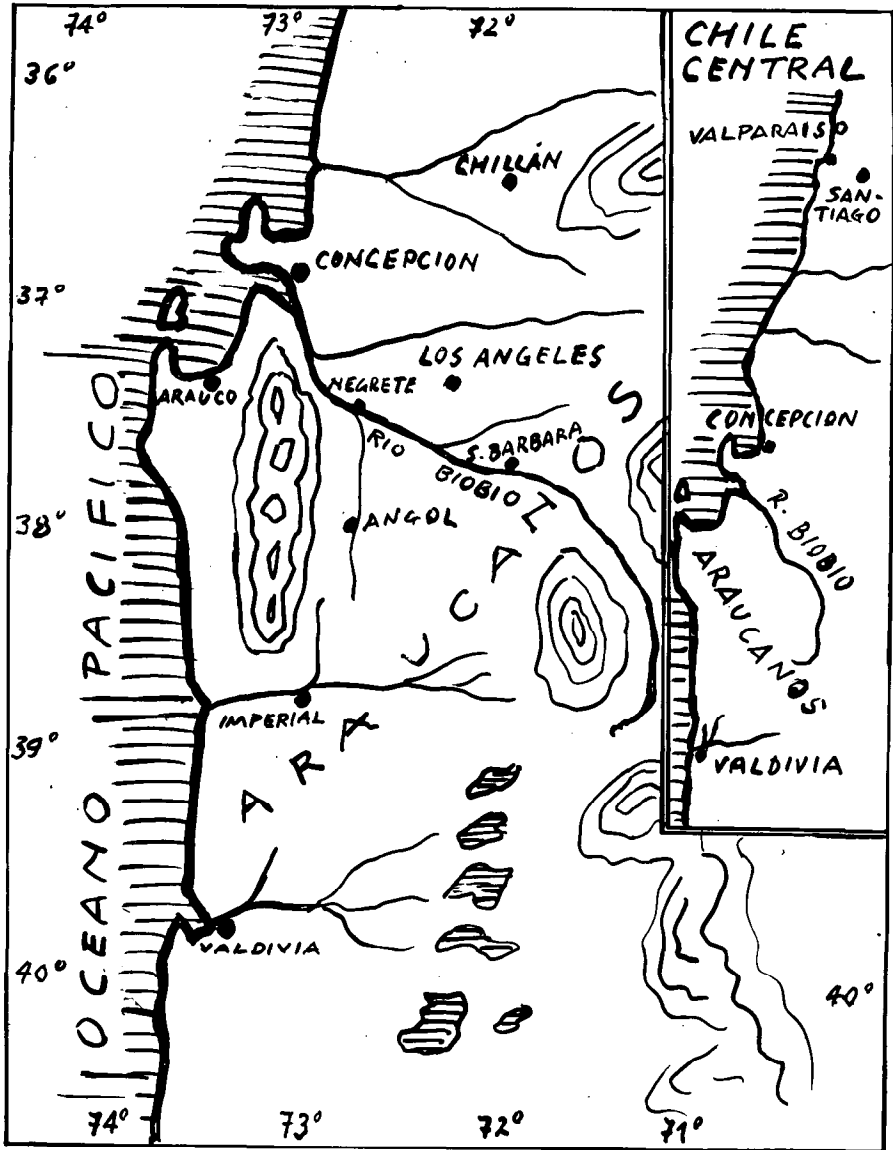
Asumió el gobierno de Chile Alonso García Ramón, que ya lo había ejercido antes y conocía sus dificultades, y lo que mejor le pareció fue seguir aplicando el sistema de Ribera, que ya empezaba a mostrar sus frutos. ¡Pero qué ardua se presentaba de todos modos la guerra! En 1607 escribía García Ramón al Rey: «Desde mi niñez que sirvo a V.M., y me he hallado en la guerra de Granada, en la batalla naval de Navarino, y he estado de presidio (de guarnición) en Espoleto, he sido soldado en Sicilia, Nápoles y Lombardia, y últimamente en los estados de Flandes, donde gocé de la más honrada ventaja que hubo en mi tiempo; más certifico a V.M. que no hay en todo el mundo guerra más trabajosa como ésta, y es de suerte que hay muchos soldados que en seis años no han visto ni oído campana, ni visto mujer española, y que todos en general, de mayor a menor, después de haber caminado y dado trasnochadas de seis y siete leguas, si han de comer una tortilla, han de moler el trigo con que hacerla, con que andan trabajadísimos, y yo, mucho más, en trabajar con gente tan descontenta» (6) La Guerra de Arauco le exigía al Rey desprenderse de sus más avezados oficiales y no resultaba ninguna granjería, sino escuela, para todos, de las virtudes militares básicas.

Mejor informado de las circunstancias, en 1612 designó el Rey a Alonso de Ribera nuevamente Gobernador de Chile; pero el hombre que regresó apenas era ya una sombra del de antes. Enfermo y decaído, sufría los efectos de una larga y dura existencia bélica y de heridas mal curadas, por lo que hubo de ser transportado en litera para pasar los Andes. Posee la figura de Alonso de Ribera no sólo un interés histórico sobresaliente, sino también una dimensión humana que realza sus cualidades y hace olvidar sus defectos.

---

(5) Citados en Diego Barros Arana, *Historia general de Chile*, Santiago, 1884, tomo III, pág. 210, nota 33.

(6) Citada por Campos Harriet, *op. cit.*, pág. 207.



*Reyno de Chile  
Teatro de la Guerra de Arauco.*

—Croquis— Reyno de Chile.



Rasgos de novela romántica presenta el matrimonio que contrajo en Chile. Aunque a su llegada en 1601 era hombre de más de cuarenta años, y de costumbres algo libres a estilo de la soldadesca de Francia y de Flandes, se enamoró de una mujer chilena con la impetuosidad de un cadete, y no paró hasta casarse con ella, aún antes de recibir la autorización real como se lo imponían las leyes (falta que después, en el juicio de residencia, le costó una multa de 200 ducados).

El 10 de marzo de 1603, en la ciudad de Concepción, celebró sus bodas Ribera con doña Inés de Córdoba y Aguilera, mujer de cuya belleza dan testimonio los cronistas de la época, aunque fueran austeros religiosos. La familia, de hidalga sangre española, junto con arruinarse en la Guerra de Arauco adquirió en ella nuevos títulos de honor. El padre de la novia, don Pedro Fernández de Córdoba, murió luchando con los indios: la madre era doña Inés de Aguilera y Zurita Villavicencio, la heroína de la legendaria defensa de la ciudad de la Imperial; y varios tíos y hermanos habían caído también en aquellos combates. «Los Aguilera fueron una de esas familias próceres que hicieron la epopeya máxima de la conquista, dando su sangre y sus vidas en la defensa de las ciudades *de arriba* y de la obra civilizadora de España. Por su preclaro abolengo, por sus vidas y por sus muertes, por su sangre que transmitieron a otras viejas estirpes coloniales, debemos considerarla como una de las familias fundadoras de nuestra nacionalidad» (7). Doña Inés de Córdoba y Aguilera, producto legítimo del terrible fuego de la Guerra de Arauco en que se forjaba el pueblo chileno, era indudablemente digna de Alonso de Ribera, y él era digno de ella. Juntos vivieron el semidestierro del Tucumán (destierro para ambos, pues Ribera también sentía nostalgia de Chile) hasta que juntos pudieron vivir el semi triunfo del regreso. Establecido Alonso de Ribera en Concepción, siguió desde allí atendiendo a la defensa del Reino, y en esa ciudad murió en 1617. Doña Inés le sobrevivió hasta 1671. Su hijo, Jorge de Ribera y Fernández de Córdoba, Caballero de hábito de Santiago, siguiendo la tradición militar que de ambas partes le venía, sirvió también en el Ejército de Chile.

Las consecuencias de la Guerra de Arauco, que asumió su forma definitiva con la creación del Ejército, fueron varias y profundas. Todos los historiadores de Chile coinciden en destacar su importancia para la gestión de una nacionalidad de acusadas características propias. Desde el punto de vista étnico, el conflicto obligó a reforzar constantemente el elemento español; el cual en gran parte perecía en los combates, pero dejaba su sangre como herencia en un ininterrumpido cruzamiento. Aún los araucanos modificaban su dotación genética por la mezcla frecuente con mujeres españolas y chilenas raptadas. La situación permanente de peligro, en un medio geográfico aislado del resto del mundo, creó una actitud de cohesión y de orden como base de la supervivencia, y de adhesión al suelo que tanto costaba mantener; lo cual, ya en el siglo XVII, empezó a tomar los rasgos de un patriotismo chileno, encuadrado en la lealtad, al Rey. Por otra parte, el ejercicio de las armas, que fue recayendo en medida creciente sobre la población nacida en el país, fomentó también el desarrollo de aptitudes militares, pero no el milita-

(7) Campos Harriet, *op. cit.*, pag. 106.

rismo, pues cuando los soldados han de jugarse de veras, no hay lugar para ambiciones bastardas de poder.

La línea de fuertes de Alonso de Ribera, y la presencia del Ejército para actuar con base en ellos, determinó que una faja de territorio coincidente con el río Biobío fuera durante tres siglos la divisoria entre el Chile gobernado desde Santiago —se hiciera ello en nombre del Rey o de la República independiente, para el caso daba lo mismo— y la Araucanía rebelde. Esa faja recibió el nombre de la *frontera*, que todavía conserva. En la frontera fue el núcleo principal la ciudad de Concepción, que se convirtió en la capital militar de Chile y desarrolló un fuerte espíritu regional, el que se manifestó hasta muy entrado el siglo XIX. Mientras que Santiago era sede de la Real Audiencia, creada en 1608, Concepción lo fue muchas veces de los Capitanes Generales, que querían estar cerca de sus tropas: allá los códigos, aquí el acero. Cuando se organizó la República, los primeros Presidentes fueron militares salidos de la viejas familias de Concepción.

Las hostilidades con los indios prosiguieron durante todo el siglo XVII con un ritmo variable. Había épocas en que la guerra se señalaba por batallas importantes, como la gran derrota española de Las Cangrejeras, en 1629, compensada por la gran victoria de La Albarrada, en 1631. En otros momentos no había más que escaramuzas de poca importancia; pero el penoso servicio de los fuertes de la Frontera se mantenía sin interrupción. Los refuerzos continuaban llegando y el real situado se seguía recibiendo, aunque con intermitencias impuestas por la situación de España en Europa. El Gobierno de Madrid se admiraba de que no se terminara de lograr la paz definitiva y enviaba como Gobernadores a capitanes distinguidos, esperando de cada uno que obtuviese lo que hasta entonces no se había podido obtener. Al finalizar el siglo, durante el reinado de Carlos II, la situación en Chile se hizo a veces angustiosa, pues la Monarquía estaba exhausta de hombres y dinero. Es verdad que también los araucanos daban señales de agotamiento, y necesitaban periodos de tregua para reponer las mermas de población que les causaba la lucha y también las enfermedades. El Reino de Chile, en medio de tantas dificultades, seguía su crecimiento material y el desarrollo de su personalidad, si bien a un costo inverosímil para España, pues todo era echar hombres y recursos en una empresa que no le proporcionaba beneficio tangible alguno.

En realidad, se ha planteado la pregunta: ¿por qué no renunció España oportunamente a una aventura tan costosa como improductiva? En respuesta se señalan varias razones de distinta índole: «Este esfuerzo titánico que consumió vidas y hacienda se justificaba a los ojos de sus protagonistas por satisfacer el ansia de gloria y el instinto caballeresco de los españoles. Además, el fervor proselitista de los eclesiásticos, deseosos de introducir el cristianismo entre los aborígenes, habría resistido la idea de abandonar el territorio a pretexto de los enormes gastos que irrogaba a España. El ideal guerrero y el ideal misionero, aunque a menudo discrepantes en las actitudes frente al indígena, se enlazaron así en la común resolución de permanecer en el país. El Virrey del Perú, conde de Chinchón, señalaba al Monarca en 1634 como justificativo máximo de conservar Chile el que la fe *no debe abandonarse allí donde ha quedado plantada*. La última frase hace recordar la re-

pulsa de Felipe II en el siglo anterior a la propuesta del Consejo de Indias de abandonar las Islas Filipinas por irrogar sólo gastos a la corona. Entonces el Rey sostuvo que si no bastaban allí rentas para sustentar aunque fuera una ermita, las enviaría de España, pues las citadas regiones no habían de quedar sin predicación *porque no tuviesen oro ni metales*. Por otra parte, la situación geográfica de Chile, camino obligado hacia el Perú, que era el corazón de la monarquía hispanoamericana, impelía a mantener su defensa, sin olvidar que el primero surtía al último de productos agropecuarios indispensables para su subsistencia. Su descuido o abandono habría equivalido a poner en riesgo la mantención del virreinato, a dejar el paso impune al mar Pacífico a ingleses y holandeses por las vías del estrecho de Magallanes o del cabo de Hornos y a favorecer su segura y rápida instalación en los territorios ocupados. Como Panamá en la América Central y Paraguay frente a los portugueses en la zona del Río de la Plata, Chile era una llave decisiva, era la avanzada, la *marca* indiana del Pacífico sur» (8).

Nosotros, con la perspectiva de siglos, ya no miramos el proceso a la luz de esos supuestos, sino bajo el aspecto del resultado final, que es el más nos interesa. El desestimiento español habría sido una catástrofe irreparable para Chile, habría significado su muerte como nación cuando daba las primeras señales de vida. Lo que hubiera ocurrido entonces puede ser tema de conjeturas, pero los pueblos no reposan en conjeturas sino en hechos históricos efectivos. Con infinito sacrificio, con sufrimientos y con penurias, el Ejército Real se mantuvo en la Frontera; y, bajo su amparo, el germen de vida nacional plantado en Chile pudo agarrarse al suelo con sólidas raíces y llegar a cubrir todo el territorio con sus ramas. Ese es el mérito grandioso de aquel Ejército tan escasamente conocido y apenas recordado.

El cambio de siglo y el cambio de dinastía repercutieron también en Chile y su dispositivo militar. La atención del Gobierno español, bajo los Borbones, se concentró más en el aspecto legislativo, poniendo la mira en dar normas específicas para el Ejército de Chile, que hasta entonces se había regido por las ordenanzas militares generales españolas, muchas veces mal conocidas o mal aplicadas a tan larga distancia del centro de la Monarquía. Cuando todavía estaba combatiendo por asegurarse la sucesión de España, se ocupó Felipe V de este asunto. Oído el parecer del Consejo de Indias, puso en vigor el Rey una nueva estructura militar para Chile. Fué lo que se llamó el Real Placarte de 1703, el cual, recordado a grandes rasgos, «determinó la forma en que debía estar integrado el Estado Mayor, oficialidad y tropas; fijó los sueldos que cada uno de ellos había de ganar; reglamentó el número de compañías en que se distribuirían las fuerzas, suprimiendo las que excedieran la dotación que en él se estimaba necesaria; determinó ser de disposición real los grados superiores, los que de allí en adelante fueron vitalicios, etc.» (9).

Quedó constituido el Ejército en la forma siguiente: 8 compañías de in-

---

(8) Jaime Eyzaguirre, *Historia de Chile*, Empresa Editora Zigzag, 2a. ed., Santiago, 1973, tomo I, pág. 153.

(9) Roberto Oñat y Carlos Roa, *Régimen legal del Ejército en el Reino de Chile. Notas para su estudio*, Santiago, 1953, pág. 99.

fantería, con 14 hombres de plana mayor, 93 arcabuceros y 31 mosqueteros cada una; 5 compañías de caballería, con 3 hombres de plana mayor y 100 soldados cada una; 21 artilleros; una compañía de infantería y una de caballería como guarnición de la Isla de Chiloe; y una compañía de infantería en Valparaíso. Esta organización se mantuvo durante 50 años. En ese periodo, la guerra declinó y se transformó en una especie de tregua armada, que no era por cierto sinónimo de paz, como lo demostró el gran levantamiento araucano de 1723. Después de eso se introdujo la práctica de celebrar con los indios los llamados *parlamentos*, en que ambas partes se daban solemnes seguridades recíprocas, cuya observancia resultaba bastante aleatoria.

A mediados del siglo, nueva reorganización. En 1748, reinando Fernando VI, se dictó una Real Cédula por la cual se autorizaba al Virrey del Perú, que antes había sido Capitán General de Chile, a confeccionar para el Ejército del Reino un Reglamento a base de la Ordenanza General de 1728, tomando de ésta «lo que fuere adaptable», notables palabras pues reconocían la necesidad de ajustarse a las especiales circunstancias de Chile. El Virrey, don José Antonio Manso de Velasco Conde de Superunda, militar de larga experiencia, preparó el Reglamento de 1753, que mejoraba los sueldos de los soldados de Chile y reducía su número, en atención a la disminuida virulencia de las hostilidades. Sin embargo, no duró mucho la vigencia del Reglamento de Manso de Velasco, pues la publicación de las Ordenanzas Generales del Ejército, dadas por Carlos III en 1768, se reflejó en un nuevo Reglamento para Chile, el que promulgó en 1778 el Capitán General don Agustín de Jáuregui.

Redistribuyendo las tropas que a la sazón existía, estableció Jáuregui dos batallones de infantería, uno en Concepción y uno en Valdivia; dos compañías de artilleros con 100 hombres; un cuerpo de caballería de 400 hombres, llamado Dragones de la Frontera; una compañía de caballería para la ciudad de Santiago; y una asamblea de 32 oficiales y sargentos para disciplinar milicias de caballería. Incluidos cirujanos capellanes, armeros y tambores, quedó el Ejército permanente con una fuerza de 1900 hombres. También se preocupó Jáuregui de reformar las milicias, como una reserva para el Ejército y como instrumento del orden interno. Creó en Santiago dos regimientos de caballería, llamados del Príncipe y de la Princesa, con 600 hombres cada uno, y un regimiento de infantería de 800 plazas, llamado del Rey; y mejoró la organización del batallón del comercio, con 200 hombres, y del batallón de artesanos, con 150. Estableció cuerpos análogos en otras ciudades, habida cuenta del crecimiento de la población, con lo cual se elevó la fuerza de las milicias del Reino a un total de 15.856 plazas (10).

Resumiendo la labor de organización militar llevada a cabo durante el siglo XVIII se ha enunciado el juicio siguiente: «La organización dada al Ejército por Jáuregui con el reglamento y ordenanzas estudiados, subsistió inalterable hasta la independencia del Reino. De ellos podemos decir lo mismo que expresáramos al referirnos a la reforma de Manso de Velasco y al Real Placarte de 1703. Vino a satisfacer necesidades que las Ordenanzas generales del Ejército español no podían ni siquiera prever, por cuanto prove-

---

(10) Barros Arana *op. cit.*, tomo VI, págs. 363 y 366.



nían de problemas regionales del territorio chileno, de sus hombres y de sus intereses. Estas fueron dictadas para regir las armas hispanas doquiera se hallaran sus defensores; aquellas, a las de un Reino excepcionalmente distinto a los demás. El enorme mérito de estas disposiciones locales fue, pues, considerar concretamente las necesidades del Ejército, dándoles el remedio que sólo un conocimiento exacto de ellas podía arbitrar» (11).

Tocaba, pues, a su fin el siglo XVIII. El Reino de Chile, que nunca fue, ni de lejos, una dependencia rica y decorativa como los virreinos del Perú y Méjico, había alcanzado una estructuración formal modesta pero firme, dentro de la cual latía ya un alma colectiva. Al Norte del Biobío, el país mostraba muchos de los rasgos que, cada vez más acentuados, lo individualizarían a lo largo de los siglos XIX y XX. Sin embargo, al Sur de ese río cesaba la autoridad del Gobierno de Santiago; la Araucanía mantenía una especie de autonomía, que el sistema de los parlamentos, al negociarse con los indios como de potencia a potencia, había en cierto modo sancionado. Los araucanos, desde luego, no eran ya los mismos del siglo XVI, pues el contacto secular —ora bélico, ora pacífico— con los españoles, no había dejado de hacer mella en sus costumbres; y si habían mantenido su libertad, habían visto reducida su población. Con todo, su ferocidad guerrera estaba lejos de extinguirse. Un científico alemán que visitó a Chile en las postrimerías del siglo XVIII, como miembro de la expedición de Malaspina, apuntó el concepto en que se les seguía teniendo: «Sería muy difícil a un Europeo escapar del furor de un Indio irritado, y aún cuando les cuelguen las tripas, si no han recibido un golpe mortal arremeten, y no hay que esperar que cedan hasta tanto que son muertos» (12).

La necesidad de montar guardia en la Frontera subsistía, y el Ejército Real cumplía su misión tal como lo venía haciendo desde hacía dos siglos. No obstante, se advertía en él un cambio profundo, pues se hacía cada vez menos español y cada vez más chileno. Algunas cifras permiten apreciar la transformación (13). Se conoce la lista de miembros del Ejército, según procedencia, correspondiente al año 1602, la cual es como sigue: Compañía de capitanes reformados, 47 capitanes, todos nacidos en España; Compañía de caballos del capitán Alonso de Ribera, peninsulares 27, americanos 7, chilenos 11, europeos 2, no identificados 16, total 63; Compañía de caballos del capitán Alvaro Núñez, peninsulares 26, americanos 3, chilenos 6 n/i 15, total 50; Compañía de caballos del capitán Ginés de Lillo, peninsulares 24, americanos 8, chilenos 8, europeos 1, canarios 2, n/i 1, total 44; Compañía de infantería del capitán Luis del Castillo Velasco, peninsulares 44, americanos 1, europeos 2, n/i 4, total 51; Compañía de infantería del capitán Alonso de Cáceres, peninsulares 44, americanos 10, chilenos 3, n/i 9, total 66; Compañía de infantería del capitán Juan Agustín, peninsulares 60, americanos 4, chilenos 1, mallorquines 2, total 67; Compañía de infantería del capitán Francisco de Alava, peninsulares 58, Isla de Rodas 1 n/i 15, total 74; Com-

(11) Oñat y Roa, op. cit., pág. 128.

(12) Thaddaeus Peregrinus Haenke (1761-1817), *Descripción del Reyno de Chile*. Introducción de Agustín Edwards. Editorial Nascimento, Santiago, 1942, pág. 137.

(13) Las cifras mencionadas en el texto están tomadas de Oñat y Roa, op. cit.

pañía de infantería del capitán Gonzalo Rodríguez, peninsulares 72, americanos 5, chilenos 4, europeos 1, n/i 3, total 85; Compañía de infantería del capitán Luis de Zárate, peninsulares 38, americanos 16, chilenos 7, europeos 4, canarios 1, total 66; Compañía de infantería del capitán Alonso Gutiérrez de Nájera, peninsulares 59, americanos 3, n/i 3, total 65; Compañía de infantería del capitán Francisco de Puebla, peninsulares 55, americanos 1, chilenos 1, europeos 1, n/i 2, total 60. En resumen (contando los canarios y mallorquines con los peninsulares y el de Rodas con los europeos):

Peninsulares	557	(75,5%)
Americanos	60	( 8,1%)
Chilenos	41	( 5,4%)
Europeos	12	( 1,6%)
No identif.	68	( 9,2%)

Total 738

En el año 1603, entre los vecinos y moradores de la ciudad de Concepción, se contaban los siguientes hombres en estado de cargar armas: peninsulares 72; americanos 16; chilenos 13; europeos 6; mallorquines 1; canarios 1; total 109. La proporción es como la anterior.

En cambio, a fines del siglo XVIII ya era la tropa casi en su totalidad chilena. Por ejemplo, el cuerpo de Dragones de la Frontera, según un estado de 1792, se componía del personal siguiente:

	Chilenos	Espanoles	Total
Primera compañía	36		36
Segunda compañía	38		38
Tercera compañía	35		35
Cuarta compañía	36		36
Quinta compañía	37		37
Sexta compañía	41	2	43
Séptima compañía	40	1	41
Octava compañía	38		38

La oficialidad, por supuesto, seguía siendo española, totalmente en los grados superiores y predominantemente en los inferiores; y esta situación no era susceptible de mucha modificación, en circunstancias normales, por cuanto los oficiales peninsulares eran los únicos poseedores de una experiencia militar, en paz y en guerra, que los habilitaba para esos mandos. Con todo, el elemento criollo empezaba a mostrarse, también, en los primeros peldaños de la jerarquía. Esto puede observarse, por ejemplo, en las listas de oficiales y suboficiales del Batallón de Infantería de Chile correspondientes a los últimos decenios del siglo XVIII. Estado de 1780:

	Chilenos	Espanoles
Teniente Coronel, comandante		1
Sargento Mayor		1
Ayudante Mayor		1
Cirujano		1
Capitanes de Granaderos		2
Capitanes de Infantería	3	5

Tenientes	1	7
Subtenientes	5	5
Cadetes	9	
Sargentos de Granaderos		1
Sargentos primeros		8
Estado de 1795:		
Teniente Coronel, comandante		1
Sargento Mayor (no figura)		
Ayudante Mayor (vacante)		
Capellán		1
Cirujano		1
Teniente Coronel agregado		1
Capitanes	1	4
Tenientes	5	2
Subtenientes	5	2
Cadetes	19	3
Sargentos primeros	5	4

Pero si los militares enviados de España imponían una fisonomía al Ejército, por lo menos en sus niveles de mando, los hijos del país predominaban sin contrapeso en las milicias, cuya efectividad como parte de la organización defensiva del Reino era mucho mayor de lo que se pudiera imaginar. Así como las tropas de Chile, por los motivos antes señalados, tenían que ser Ejército y no meras guarniciones, las circunstancias del país obligaban también a la fuerza de milicias a asumir tareas que no eran de simple aparato. Esta situación se sintetiza como sigue: «Mucho se ha hablado de la inutilidad de las milicias, mostrándolas como una institución con más carácter social que militar. De este modo se ha dicho que los criollos satisfacían sus ansias de figuración ingresando a estos cuerpos cuyos vistosos uniformes les daban la apariencia de ocupar altos cargos en el Ejército... En cuanto a la labor específica que estaban obligados a desarrollar en virtud de su creación, que era la de servir de auxiliares del Ejército en las actividades bélicas, ya hemos visto que durante los siglos XVI y XVII tuvieron una efectiva participación en las actividades de la guerra de Arauco, concurriendo periódicamente a las «campeadas» de primavera y verano, volviendo a sus labores individuales sólo en invierno, con evidente desmedro de sus actividades particulares, como si aún hubiera sido poco el sacrificio de participar en las operaciones guerreras. A fines del siglo XVIII, que es la época en que las milicias del Reino alcanzaron su mayor grado de perfeccionamiento, tanto en el aspecto de organización como en el legal, reemplazaron su actuación en el guerra de Arauco por las no menos delicadas tareas de resguardar el extenso territorio del Reino de las posibles invasiones foráneas, quitando incluso tiempo a sus quehaceres particulares para concurrir a ejercicios doctrinales que tenían por objeto instruirlos en el manejo de las armas, debiendo participar además en las guardias y marchas que las autoridades del Ejército estimaban conveniente. Amén de estos servicios a la causa del Rey, prescindieron a menudo, muchos de sus cuerpos, de la remuneración que legítimamente les correspondía, por no gravar las disminuidas arcas de la Real Hacienda. A estas actividades



de carácter militar, debemos agregar aún su contribución de aspecto social, manifestada en la represión del bandolerismo en los campos y ciudades más apartadas y en la conducción de reos y labor preventiva policial. «Con todos estos antecedentes, nos parece que negar el mérito de los cuerpos milicianos en el Reino de Chile sólo significa un absoluto desconocimiento e ignorancia de su historia» (14).

Así llegó, pues, el Ejército del Reino de Chile a los albores del siglo XIX; es decir, así entró en un nuevo período que, como a todo el país, le iba a imponer un sacudimiento profundo y violento. La emancipación política de Chile, que a poco siguió la vía de una guerra de independencia, sacudió también al viejo Ejército, igual que a todos los cuerpos e instituciones de la sociedad chilena, y utilizó sus cuadros y elementos en aras de las dos causas.

Sin entrar en el pormenor de aquellas operaciones bélicas, cabe señalar dos aspectos fundamentales para la historia del Ejército, que hasta aquí se ha venido evocando a grandes rasgos. El primero es que el conflicto fue, como en toda América, una guerra civil entre los hijos del país. No podía ser de otro modo, pues el número de oficiales peninsulares era muy reducido, y tropa española no la había ni llegó nunca de España en refuerzos considerables. Por otra parte, así como no todos los americanos querían la independencia, tampoco se oponían a ella todos los españoles, y en Chile, como en otras partes, no faltaron los que la favorecieron activamente. El antiguo Ejército sirvió, pues, de base para organizar tanto las tropas que defendían la causa real como las que luchaban por la independencia. Como símbolo de la división que afectaba no sólo a la sociedad y al Ejército sino incluso a las familias, se puede considerar, entre otros análogos, el caso de dos hermanos militares, hijos de español y chilena, Pedro Antonio Borgoño y José Manuel Borgoño. El primero sirvió en Chile bajo la bandera española hasta 1820; después hubo de retirarse a Lima y terminó fundando familia en el Norte del Perú. El segundo combatió por la independencia, llegó a general y, en 1844, negoció en Madrid el tratado de normalización de las relaciones entre Chile y España. Uno y otro no tuvieron otra escuela que la formación común recibida en las viejas unidades de la Frontera.

El otro aspecto de interés fue la actitud asumida en aquella coyuntura por los indios araucanos. Hubiérase podido prever que, viendo desguarnecida la Frontera y el Reino de Chile desgarrado por la guerra intestina, iban a aprovechar la ocasión los indios para alzarse en armas y afirmar su autonomía. El hecho es que, durante la guerra misma, permanecieron tranquilos. Sólo al final de ese período, cuando, perdida toda posibilidad de refuerzo y auxilio, buscaron refugio las tropas reales precisamente en la Araucanía, entonces reaccionaron los indios. Unidos a soldados irregulares e incluso a bandoleros, sostuvieron durante años una guerra despiadada que, en el fondo, era la misma de siempre. Era como si el araucano hubiera intuido que, abolida la autoridad real, no cambiaba la situación básica, pues quedaba en Chile una estructura civilizada que, de hecho, era la misma a la que había hecho resistencia durante dos siglos y medio. El nuevo Gobierno independien-

---

(14) Oñat y Roa, *op. cit.*, págs. 184-186.

te, por su parte, comprobó que junto con la jurisdicción había heredado la obligación; y que le incumbía seguir cumpliendo la ardua tarea que había sobrellevado la corona española.

Una vez aplastado el levantamiento araucano, lo que requirió varios años, las tropas tomaron de nuevo sus puestos para montar guardia en la Frontera. Las banderas habían cambiado, pero la consigna era la misma. Tal como lo venía haciendo desde los tiempos de Alonso de Ribera, el Ejército debía impedir incursiones de los indios, garantizar la seguridad del territorio a sus espaldas, y adelantar poco a poco hacia el interior de la Araucanía. Era una tarea estrictamente limitada, pues un país de escasa población y recursos muy módicos no podía aún disponer de grandes contingentes para intentar un avance definitivo. Durante medio siglo (1830-1880) estuvo el Ejército desempeñando estas modestas, penosas y obscuras funciones. Ellas no le proporcionaron muchos laureles, pero sí le acendrarón el viejo espíritu de sacrificio, disciplina y cumplimiento del deber; de modo que cuando, en 1879, una guerra exterior de amplias proporciones le impuso exigencias muy pesadas, el Ejército fue capaz de ejecutarlas, infundiendo ese espíritu a los efectivos entonces movilizados.

Una vez decidida la guerra exterior, el Gobierno de Chile dispuso por fin, en las tropas que regresaban a la patria, de fuerzas suficientes para resolver el problema secular de la Araucanía, cuya persistencia, en vista de ciertas ambiciones europeas, constituía un peligro para el país. Sometidos definitivamente los araucanos, esas tierras se integraron a la vida y a la economía nacionales. Se cumplía así el antiguo sueño de Pedro de Valdivia, y se superaba el obstáculo que había reconocido la sagacidad militar de Alonso de Ribera. Pero, miradas las cosas en su verdadera perspectiva, podía decirse, como colofón de la historia, que sólo en el decenio de 1880 quedó cumplida del todo la tarea, circunscrita pero transcendental, para la cual creó Felipe III en 1603 el Ejército Real de Chile.